

Comunidades historiográficas y renovación disciplinaria en Uruguay

Historiographical communities and the renovation of disciplines in Uruguay

Carlos ZUBILLAGA

Universidad de la República (Montevideo)
zubillag@fhuce.edu.uy

Recibido: 24 de octubre de 2002
Aceptado: 14 de febrero de 2003

RESUMEN

Si bien desde comienzos del siglo XX se formularon en Uruguay planteos renovadores sobre los fundamentos teóricos y la utilidad del conocimiento histórico, fue recién en la inmediata segunda postguerra mundial que los mismos hallaron cauces de concreción en la actividad del Museo Histórico Nacional (impulsor de una vertiente de *nacionalismo activo*) y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad estatal (en la que se gestó una vertiente de *contextualización universal* del pasado nacional). La tensión entre ambas concepciones (que no excluyó la complementariedad de sus esfuerzos) influyó en la renovación del paradigma historiográfico predominante en los medios académicos uruguayos hasta el presente.

PALABRAS CLAVE

Uruguay siglo XX
Historiografía uruguaya
Debate historiográfico
Comunidades académicas

ABSTRACT

In Uruguay, although the beginnings of XXth century some innovations were formulated on the theoretical basis and the utility of the historical knowledge, it was just in the immediate second world-wide postwar period that they found ways for development in the activity of Museo Histórico Nacional (urging a tendency of *active nationalism*) and Facultad de Humanidades y Ciencias of the state Universidad de la República (in which a tendency of *universal insertion* of the national past was developed). The tension between both conceptions (that it did not exclude the sum of its efforts) influenced the renovation of predominant historiographical paradigm in academic communities until present.

KEY WORDS

Uruguay XXth century
Uruguayan historiography
Historiographical debate-academic communities

SUMARIO 1. Reflexiones sin implementación. 2. Los momentos significativos de la renovación historiográfica.

1. Reflexiones sin implementación

A lo largo del siglo XX menudearon en Uruguay las reflexiones sobre la naturaleza del conocimiento histórico, sus objetivos, su metodología, su utilidad, vertidas por lo general en el seno de las *comunidades historiográficas* laxas que actuaron en el país, ya vinculadas con la enseñanza de la disciplina, ya con su cultivo pre-profesional. Se trató en casi todos los casos de planteos renovadores, pero carentes de virtualidad; de modo que, frecuentemente, resultaron contradictorios con la producción historiográfica de quienes los enunciaban, en tanto ésta permanecía afincada en el marco de prácticas tradicionales de la disciplina. Se trató, por lo tanto, de propuestas que contribuyeron a formar una *conciencia sobre la necesidad de la renovación*, antes que a provocar la efectiva (inmediata) transformación de la labor del historiador.

En el ámbito universitario¹, que mantuvo hasta 1935 la responsabilidad de la enseñanza secundaria y en el que tardó otra década hasta formalizarse la enseñanza superior en Historia², se formularon en diversas instancias reflexiones que cuestionaron las modalidades al uso de la disciplina, avanzando criterios —en ciertos casos— ajustados a los cambios que coetáneamente se perfilaban para el campo disciplinario en los centros culturales del mundo occidental. En los trabajos con que optaron a la cátedra de Historia Americana y Nacional³, Daniel García Acevedo⁴ y José Salgado⁵, enunciaron en 1903 algunas ideas que implicaban un cambio radical de los criterios historiográficos. Señaló el primero, en un planteo que al considerar superada la tradicional Historia política, esbozaba la noción de Historia total y, en consecuencia, la necesidad de un diálogo interdisciplinario para abordar semejante objeto:

El concepto moderno de la historia abarca [...] un campo muy grande de conocimientos; no es posible restaurar una época histórica hasta vestirla de manera que represente lo que fue, sin estudio sobre todas las actividades humanas, sobre el medio, la vida industrial, comercial, literaria, científica, política, judicial, militar, intelectual; lo mismo de la vida de las clases ricas que la de las desheredadas, su carácter, sus costumbres, su vestido, sus ideas religiosas, morales, etc. Y es natural que tan completo como dejó expuesto sea el estudio de la historia, porque, organis-

¹ Hasta 1984 hubo una única Universidad en Uruguay: la estatal Universidad de la República, con sede en Montevideo.

² Recién en 1945 se creó la Facultad de Humanidades y Ciencias, en cuyo seno se organizó, a partir de 1948, la Licenciatura en Historia.

³ Se entiende, en el nivel de la enseñanza secundaria.

⁴ Daniel García Acevedo (1868-1946), juriconsulto e historiador, desempeñó la cátedra de Historia Americana y Nacional en la Sección de Enseñanza Secundaria. Fue autor del Código Rural y de numerosos trabajos técnicos en diversos campos del Derecho Privado. Su producción historiográfica estuvo, fundamentalmente, orientada al período colonial. Integró el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, en el que desempeñó funciones directivas.

⁵ José Salgado (1875-1944), abogado, historiador y político, ejerció la docencia en Historia Americana y Nacional en la Sección de Enseñanza Secundaria, y la del Derecho Civil en la Facultad de Derecho. Ocupó importantes cargos políticos en ámbitos departamental y nacional. Como historiador cumplió una intensa labor investigativa, pautada por criterios fuertemente positivistas. Integró el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y la Junta de Historia Nacional.

mos como son los pueblos, no es posible darse idea del conjunto sin el estudio de todas sus partes⁶.

El desafío del materialismo histórico («un movimiento de ideas valiente y reformador») era asumido por García Acevedo, al advertir la importancia que los factores económicos, en concurrencia con otros, ejercen sobre el proceso histórico, al tiempo que descalificaba la «exageración perniciosa» de los discípulos de Marx y Engels, recurriendo para ello a citas de este último⁷. Con referencia a este mismo reto teórico, Salgado al deslindar el materialismo histórico como filosofía de la historia, del conocimiento histórico de los factores económicos, consagró la utilidad (y la inexcusabilidad) de éstos:

Lo que hay en el fondo entre las condiciones económicas y los demás fenómenos sociales es una relación de mutua dependencia. Pero de ahí no puede sacarse la consecuencia de que las primeras sean las causas de los segundos. Estas conclusiones no constituyen un obstáculo para que se sostenga, con fundamento, que en ciertos instantes de la vida de los pueblos, los factores económicos soportan solos, [...] todo el peso de la historia. [...] [L]a teoría materialista de la historia [...] si bien [...] es errónea como explicación de todo el contenido de la historia, ha hecho resaltar, con entera justicia, la gran importancia de los factores económicos en la vida de las naciones. Al estudiar la historia de un país no puede hoy ningún historiador serio, prescindir de examinar, atentamente, aquellas manifestaciones⁸.

Por su parte, Carlos Vaz Ferreira⁹ al incorporar a su obra *Lecciones sobre pedagogía y cuestiones de enseñanza*, un capítulo sobre «La enseñanza de la Historia en Secundaria», formuló en 1918 consideraciones fundamentales que incidirían cuatro décadas más tarde en la configuración de la enseñanza superior en Historia, distinguiendo la propuesta formativa de la Facultad de Humanidades (de la que fue primer decano), de aquella que Antonio Grompone¹⁰ impulsaría en el ámbito de formación de los docentes de la enseñanza media

⁶ García Acevedo, Daniel: «La enseñanza de la Historia. I. El concepto de la Historia; su evolución. II. Métodos. III. Indicaciones pedagógicas. IV. Texto y Programa». *Vida Moderna*, 30, Mayo 1903, p. 312.

⁷ Al respecto señalaba: «Esta exageración perniciosa ha sido condenada precisamente por Engels, en los siguientes términos: 'La situación económica es la base, pero... las formas del derecho... las teorías políticas... las opiniones religiosas, etc., ejercen también su acción sobre el curso de las luchas históricas, y en muchos casos determinan la forma en primer término'» (García Acevedo, 1903, p. 316).

⁸ Salgado, José: «La enseñanza de la Historia. Programa de Historia Americana. Memorándum sobre sus ventajas. Método de enseñanza». *Vida Moderna*, 33, Agosto 1903, pp. 370/371.

⁹ Carlos Vaz Ferreira (1873-1958), abogado y filósofo, fue docente de extensa trayectoria en los ámbitos universitarios. Desempeñó la cátedra de Conferencias de la Universidad desde 1913 hasta su muerte. Fue electo rector de la alta casa de estudios en tres oportunidades, ocupando asimismo el Decanato de la Facultad de Humanidades y Ciencias, creada a su iniciativa. Su producción filosófica, pedagógica y sociológica conformó una vasta bibliografía, preocupándole en referencia a la Historia tanto los temas relacionados con su enseñanza como los vinculados con la problemática del determinismo.

¹⁰ Antonio M. Grompone (1893-1965), abogado y docente, desempeñó la Dirección de Comercio Exterior y el Decanato de la Facultad de Derecho. A su iniciativa se creó el Instituto de Profesores «Artigas», con la finalidad de

(el Instituto de Profesores «Artigas», fundado en 1949). Señaló entonces Vaz Ferreira entre «los ejercicios fundamentales» de la enseñanza superior de la disciplina: «poner al estudiante en contacto directo con las fuentes para que sobre ellas haga historia». Sobre este particular expresó, incluso, su convicción respecto a que algún ejercicio de esta naturaleza («uno solo por año, por ejemplo») pudiera hacerse en el nivel secundario de la enseñanza. De esa forma preconizaba la superación de la «enseñanza reglada de la historia», para permitir al estudiante comprender directamente «los modos de pensar y de sentir del pasado», proceso logvable «sobre todo, por la lectura directa [...] de documentos, obras, discursos, publicaciones, libros científicos, religiosos, etc. de las distintas épocas»¹¹. En una práctica pedagógica agobiada por el uso de manuales, frecuentemente elaborados a partir de traducciones deficientes de los textos franceses ya desdeñados en origen, y el complemento de «apuntes de clase» caracterizados por la obsesión cronológica, el planteo de Vaz Ferreira constituyó un revulsivo que demoró en asimilarse. Por otra parte, la idea del valor de la Historia «para comprender y para sentir diversos estados de espíritu además de los que son vulgares en la época en que se vive»¹², implicó un enjuiciamiento a la utilización partidaria del conocimiento sobre el pasado, dominante en la práctica historiográfica del momento.

Partícipes de la experiencia complementaria del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y de la Junta de Historia Nacional (entidades privadas, aunque subsidiadas —en grado y forma diversos— por el Estado), Aquiles B. Oribe¹³ y Paulina Luisi formularon, más o menos coetáneamente, algunos criterios renovadores sobre la disciplina. El primero lo hizo, fundamentalmente, a través de su obra *Índice Histórico Sociológico. Metodología científica para escribir y enseñar la Historia* (1925), curioso texto que al par que denotó las heteróclitas lecturas de su autor¹⁴, puso de manifiesto —por lo que comportó de «novedoso» en el medio— el sensible atraso que los ambientes historiográficos locales mantenían respecto de las especulaciones teórico-metodológicas sobre la disciplina. La importancia del planteo general de Oribe estribó, sin duda, en el señalamiento crítico de las pautas seguidas por la historiografía al uso (en especial las que conducían a interpretaciones anacrónicas), y en la defensa del carácter profesional de la disciplina, que comportaba una formación intelectual y unas prácticas científicas rigurosas, hasta entonces desconocidas o desdeñadas en el país:

formar al profesorado de la enseñanza media. Autor de numerosos trabajos pedagógicos y sociológicos, incursionó también en el estudio de las universidades y su incidencia en la sociedad latinoamericana.

¹¹ Vaz Ferreira, Carlos: *Inéditos. XXII (Suplemento)*. Montevideo, 1963, pp. 144/145, 140.

¹² Vaz Ferreira, 1963 [1918], p. 138.

¹³ Aquiles B. Oribe (1876-1943), escribano público e historiador, autor de numerosos trabajos de investigación y de algunas producciones de reflexión teórico-metodológica y de sistematización técnica en el campo de la disciplina histórica. Participó en el VI Congreso Internacional de Ciencias Históricas e integró diversas entidades académicas uruguayas y extranjeras.

¹⁴ Con un sentido ecléctico muy nítido, Oribe citaba en el texto a Langlois y Seignobos, Vacherot, Pollard, Lacombe, Tarde, Xenopol, Posada, Altamira, Thorold Rogers, Marx y Engels, Schmoller, Droysen, Bernheim...

El género histórico, ha sido siempre accesible a las gentes que con un poco de inteligencia y curiosidad referente a papeles viejos, al par que paciencia para soportar narraciones más o menos largas, se han creído con la suficiente competencia para emitir un juicio referente a determinada época o personalidad, empleando, como es natural, todas las modalidades de su criterio actual, para juzgar hechos ocurridos cuarenta o cincuenta años ha. [...] la historia habrá que rehacerla en su mayor parte, puesto que la ruta emprendida por sus autores en el terreno del incesante chocar de las pasiones humanas, ha sido sombreada por añejas preocupaciones religiosas, por insuficiencia del medio intelectual y por carencia de una concepción amplia del criterio moral en cuanto a su relación con la época¹⁵.

Tres años más tarde, en el Congreso organizado por la Junta de Historia Nacional, la doctora Paulina Luisi¹⁶ presentó una proposición sobre «Historia de la Cultura», que recibió la aprobación de los participantes en el evento. En una descalificación de las modalidades tradicionales de la labor historiográfica (el abordaje de hechos militares mediante instrumental biográfico y estéril erudición fáctica), Luisi enunció algo así como un plan de trabajo para la investigación histórica, que puso el énfasis en el interés colectivo de los temas; consciente de que el cuestionamiento explícito que formulaba respecto de la mayor parte de la producción historiográfica precedente le acarrearía «una vez más» la acusación de «revolucionaria¹⁷ y seguramente [...] la de ignorante y torpe». La propuesta se reducía, pues, a una enunciación de temas, considerados «fundamentales para nuestra civilización», en tanto los sujetos históricos que involucraban eran los que mostraban «*realmente* la evolución del país, y su nivel de civilización y cultura»:

La historia del desenvolvimiento de las líneas férreas [...] y la de las líneas telegráficas. La instalación de las primeras manufacturas. La historia de la instalación de líneas marítimas fijas con escala en el puerto de Montevideo y su desarrollo. La evolución de la instrucción pública primaria, secundaria y superior; el desarrollo de sus métodos de enseñanza. [...] Cómo se verificaba el intercambio de correspondencia antes de la Convención Postal Internacional. Los convenios y convenciones internacionales no políticos en que ha intervenido el Uruguay. La evolución de las ciencias médicas, la instalación de hospitales. El saneamiento de las ciudades y pueblos. [...] La contribución del Uruguay a la cultura americana por medio de su colaboración en Congresos científicos, literarios, sociales, etc. El desarrollo de las leyes sociales [y] de

¹⁵ Oribe, Aquiles B.: «Índice Histórico Sociológico. Metodología científica para escribir la Historia». *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, IV, 1, 1925, pp. 30/31.

¹⁶ Paulina Luisi (1875-1950), fue la primera médica graduada en la universidad uruguaya. Actuó en la enseñanza pública, integró numerosos organismos relacionados con las políticas sociales y asistenciales, y representó al país en congresos e instituciones internacionales vinculadas a la educación profiláctica, la defensa de los derechos de la mujer y el niño, y la erradicación de discriminaciones de diversa naturaleza. Cultivó el ensayo sociológico e histórico, y militó activamente en la lucha contra el nazi-fascismo.

¹⁷ La alusión de Luisi refería, sin duda, a su prédica feminista y, en particular, al reclamo de los derechos políticos de la mujer, del que había hecho tema recurrente de sus intervenciones públicas.

las instituciones oficiales y privadas de asistencia social [...]. La evolución de los organismos democráticos [...]»¹⁸.

Aunque farragosa, y por lo mismo falta de la debida jerarquización, esta enunciación apuntaba a desarrollar diversas especializaciones disciplinarias, hasta entonces apenas vislumbradas en los apéndices o agregados misceláneos con que solían confeccionarse las *Historias nacionales* sustentadas en criterios políticos¹⁹.

2. Los momentos significativos de la renovación historiográfica

El proceso de la renovación historiográfica tuvo lugar en el lapso comprendido entre las décadas de 1940 y 1960 y se articuló en torno a dos comunidades académicas, de rasgos claramente discernibles: la del Museo Histórico Nacional y del Archivo Artigas (con Pivel Devoto²⁰ como orientador conceptual y práctico) y la de la Facultad de Humanidades y Ciencias (con José Luis Romero²¹ como impulsor y Juan Antonio Oddone²² como principal formador de nuevas generaciones). Los cambios operados en los criterios históricos y en las prácticas del oficio, aunque diseminados en los medios intelectuales de la época más allá de los ámbitos institucionales señalados, tuvieron en éstos las condiciones precisas de emergencia, consolidación y

¹⁸ Archivo del Centro Republicano Español (Montevideo). *Fondo Paulina Luisi*. Proposición presentada a la Junta de Historia Nacional, para su Primer Congreso. «Historia de la Cultura» [borrador mecanografiado con correcciones autógrafas].

¹⁹ Coincidente con el planteo de Luisi, las inquietudes del agrimensor Francisco J. Ros (1855-1931), que fuera presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tuvieron en cambio un principio de implementación, aunque no siempre concluyeron en productos historiográficos acabados. Ros previó los alcances de numerosas especializaciones disciplinarias y exhumó materiales de la más diversa naturaleza para impulsarlas. En su documentación conservada en el Archivo General de la Nación, se encuentran varios atisbos de esta labor; entre ellos una libreta de apuntes sobre Historia, propiedad territorial, puertos, jurisdicciones barriales, procesos de poblamiento, etc., que contiene valiosos registros de testimonios personales de carácter histórico-antropológico, denotando el recurso de Ros a métodos no usuales en su época (cfr.: Archivo General de la Nación (Montevideo). Archivos Privados. Caja 204. *Archivo del Agrimensor Francisco J. Ros*. Carpeta 3).

²⁰ Juan E. Pivel Devoto (1910-1997) ejerció la docencia de Historia Nacional en Enseñanza Secundaria y en el Instituto de Profesores «Artigas». Director del Museo Histórico Nacional durante cuatro décadas, tuvo también a su cargo durante un período más breve el Archivo General de la Nación. Autor de una profusa bibliografía, impulsó la edición de «clásicos» de la literatura uruguaya y la exhumación paleográfica de documentos obrantes en archivos uruguayos y extranjeros. Actuó en política, desempeñándose entre 1962 y 1966 como ministro de Instrucción Pública y Previsión Social.

²¹ José Luis Romero (1909-1977) fue desplazado en 1946 de sus funciones docentes en la Universidad de La Plata por el gobierno de Perón, integrándose a partir de 1949 a los cuadros docentes de la universidad uruguaya. En la Facultad de Humanidades y Ciencias, de Montevideo, dictó cursos y seminarios de Introducción a los Estudios Históricos, Filosofía de la historia e Historia Contemporánea, y creó la Sección «Historia de la Cultura», desde la que impulsó lo sustancial de la renovación historiográfica. Reintegrado a la actividad universitaria en su país a la caída del régimen peronista, continuó, sin embargo, vinculado a la universidad uruguaya hasta su muerte.

²² Juan Antonio Oddone (1926) integró la primera promoción de licenciados en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Profesor universitario de extensa trayectoria, ha dirigido el Departamento de Historia Americana en la Universidad de la República. Su producción historiográfica abordó —entre otros temas— el fenómeno de la inmigración en el área rioplatense, las peripecias del Uruguay en el contexto de la política exterior norteamericana para la región, la incidencia de los núcleos intelectuales críticos en ambas márgenes del Río de la Plata,

proyección; más aún, no hubieran resultado viables al margen de las peculiaridades de esos espacios de reclutamiento, aprendizaje, reproducción y legitimación. De allí que historiadores con diversa procedencia, encontraran en esas *comunidades historiográficas* el eco necesario para desarrollar su trabajo, ya a través de la interlocución académica, ya a través de la actividad docente. De todos modos, los dos motores del cambio presentaron rasgos de identidad nítidamente diferenciables: el que representó Pivel Devoto estuvo caracterizado por una indiscutible hegemonía personal; el que impulsó Romero se configuró participativamente, de acuerdo con las pautas del quehacer universitario y el reclutamiento abierto que estaba en su misma razón de ser. Aquél careció de continuidad al desaparecer Pivel; éste se realimentó con sucesivas generaciones de historiadores y se expandió hacia otros ámbitos universitarios. Aquél se congeló conceptualmente; éste incorporó la controversia (frecuentemente implícita, pero existente) sobre los alcances, las modalidades y las interrelaciones científicas del conocimiento histórico.

Aunque aparentemente contradictorios, los aportes de ambas comunidades a la renovación historiográfica resultaron, en realidad, complementarios. Pivel Devoto esbozó categorías, modificó la percepción de ciertos temas del pasado nacional y utilizó nuevas fuentes o de manera nueva fuentes ya conocidas, en términos que los historiadores profesionales, formados en la universidad, hubieron de retomar (controvertir, profundizar, modificar), nunca ignorar o desdeñar. Las «desconfianzas» que Pivel Devoto alimentó respecto de las reflexiones teórico-metodológicas sobre la disciplina, fueron en los historiadores universitarios el cauce privilegiado de una mirada crítica a los aportes de aquél, tanto para religar esfuerzos de indagación como para despejar desde opuestas atalayas el campo de futuras experiencias. Desde la perspectiva que ofrece el pasaje de medio siglo, es posible sintetizar esos aportes en la identificación de una vertiente de *nacionalismo activo*, impulsada por Pivel Devoto, y una vertiente de *contextualización universal* del pasado nacional, que selló las prácticas del esfuerzo universitario por entender al país y su destino *en el mundo y no a pesar del resto del mundo*. Los llamados de atención que, para la comprensión cabal del pasado, habilitan una y otra, no han dejado de enriquecer la tarea de los historiadores uruguayos.

Un cauce de interés para apreciar en qué grado los aportes aludidos resultaron complementarios respecto de la transformación de la historiografía uruguaya, lo ofrece la nueva modalidad de relacionamiento internacional que a partir de la década de 1950 comenzó a configurarse a través de la conversión de Uruguay en objeto de estudio para investigadores extranjeros. Elaborando sus tesis doctorales, usufructuando becas, participando en proyectos en sus instituciones de origen, un núcleo relevante de historiadores europeos y norteamericanos se acercó a la realidad uruguaya, convivió con sus pares académicos en este país, investigó y produjo

los desafíos sociales de la modernización en la sociedad uruguaya. Durante el período dictatorial se radicó en México, donde enseñó Historia Latinoamericana en la Universidad Autónoma de México. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires le otorgó el doctorado honoris causa.

conocimiento, lo difundió y debatió. Milton Vanger²³, Göran Lindhal²⁴, John Street²⁵, Henry Finch²⁶, Peter Winn²⁷, encontraron en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades ámbito propicio para sus tareas, sin perjuicio del asesoramiento o la hospitalidad editorial ofrecidos por la dirección del Museo Histórico Nacional. Aunque, en el primer caso, tal tesitura se correspondía con la estrategia científica de *contextualización universal* de la historia uruguaya, y en ese sentido fluía con naturalidad; la vertiente de *nacionalismo activo* que confluía en el Museo Histórico no podía desdeñar los «beneficios» (en términos de prestigio académico y de reconocimiento) que derivaban de establecer contactos más allá de la región, sobre todo cuando estaba en condiciones de «ofrecer» acceso privilegiado a los fondos documentales que «controlaba» o –incluso– a los que conservándose en manos privadas, se «abrían» al investigador extranjero con la misma facilidad con que se negaban a los historiadores locales.

En otro plano de coincidencias, ambos aportes a la renovación historiográfica compartieron un recelo similar por las formulaciones del revisionismo ensayístico; común fue, por otra parte, el motivo de esa desconfianza: la convicción de que sólo mediante la investigación rigurosa del pasado es posible discernir líneas de comprensión, que no alcanza con postular, sino que es preciso constatar. Pivel Devoto aludiría a los riesgos de esas «filosofías de la historia», canalizadas por vulgarizaciones irresponsables, al proclamar la inexcusabilidad de la labor diligente del investigador:

²³ En 1951 el director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias, doctor Emilio Ravignani, ofrecía a C. Haring el respaldo académico para las tareas que iba a emprender su alumno de doctorado, Milton Vanger, en relación con la figura y la acción del dos veces presidente de la República, José Batlle y Ordóñez [Archivo del Instituto de Ciencias Históricas (en adelante: AICH). *Fondo Instituto de Investigaciones Históricas* (en adelante: FIIH). Correspondencia oficial. 1951-1954. Copia de carta de E. Ravignani a C. H. Haring, fechada en Montevideo, 17-1-1951]. En 1963 publicaría Vanger, en los Estados Unidos, el primer volumen dedicado a su tema uruguayo: *José Batlle y Ordóñez of Uruguay. The creator of his time: 1902-1907*.

²⁴ Coetáneamente a la presencia de Vanger en Uruguay, arribó a Montevideo el sueco Göran Lindhal, quien se abocó al análisis del sistema político instaurado por la segunda Constitución nacional (1919), con especial empeño en develar las peculiaridades de un entendimiento interpartidario transformado en coparticipación institucionalizada. En 1960 publicaría en Estocolmo los resultados de su indagación bajo el título *Uruguay's new path*.

²⁵ En 1951 el British Council requirió el apoyo de la Comisión Nacional de Homenaje a Artigas, para asistir la presencia en el país del profesor de la Universidad de Cambridge, John Street, dedicado al estudio del proceso independentista. Éste recorrió el país, trabajó en los archivos uruguayos, mantuvo contactos con el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades y con el Museo Histórico Nacional, y en 1959 publicó en Inglaterra *Artigas and the Emancipation of Uruguay*.

²⁶ Las exigencias docentes en la Universidad de Liverpool llevaron a Finch, a comienzos de la década de 1960, a realizar una especialización en Historia Económica de América Latina y a seleccionar Uruguay como centro de análisis, debido a las peculiaridades que este país presentaba. Al realizar sus trabajos in situ, Finch interactuó con los investigadores universitarios (del Instituto de Economía y del Instituto de Investigaciones Históricas). Fruto de este emprendimiento fue *Historia Económica del Uruguay Contemporáneo* (1980).

²⁷ Winn llegó a Uruguay en 1967, en el marco del Foreign Area Fellowship Program, que había requerido la colaboración del Instituto de Investigaciones Históricas para la adscripción institucional del joven doctorando (AICH. FIIH. Correspondencia oficial. 1965-1967. Carta de James L. Gould (Executive Associate) a Eugenio Petit Muñoz, fechada en New York, 9-10-1967). Abocado al estudio de la historia del Uruguay desde la perspectiva teóri-

[...] para que la historia nos suministre esta energía esclarecedora —necesaria para la inteligencia y para la acción, es menester que ella descienda a los planos humildes y laboriosos de la pequeña investigación, que busque penosamente todos los aspectos de la vida de un pueblo [28], que no se conforme —incluso que rehuya a veces— la concepción de las aristocracias intelectuales. Es una tarea fatigosa y oscura; requiere la abnegación de todos los oficios y no nos lleva, de inmediato, a la cumbre de las vastas generalizaciones en que suele complacerse, muchas veces prematuramente, el espíritu humano²⁹.

El aporte sustantivo de Pivel Devoto a la renovación historiográfica consistió en dotar de una nueva densidad conceptual al nacionalismo. A diferencia de la actitud nacionalista «estática» o «convalidadora», de la que hiciera gala la historiografía tradicional, Pivel Devoto postuló un nacionalismo «activo», «vivificador», operando como brújula del accionar colectivo:

Pueblo joven, infantilmente dinámico aún, receptivo por esencia, corremos incesantemente el riesgo de imaginarnos posibilidades de acción y de vida que no están a nuestro alcance. El conocerse a sí mismo en la vida individual como en la vida colectiva conduce a la cautela provechosa que polariza y concentra inteligentemente las energías. Más de una vez, en el transcurso de nuestra historia, se han producido discrepancias entre los sentimientos y las emociones que colorean la superficie, y la vida real que sigue fluyendo por debajo de ella. [...] El alma de las naciones —confluencia de mil circunstancias históricas— tiene una vitalidad que evade y desvirtúa el programa, tantas veces artificioso, de sus dirigentes³⁰.

Estos criterios se hallaban en buena medida vinculados a los desafíos impuestos por el avance de las pretensiones de la política exterior norteamericana en la región; pero no se agotaban en una interacción con la política, sino que se expresaban —en la labor estrictamente historiográfica— en la búsqueda de las irreductibles características de la nación. En este campo realizó

ca del imperialismo informal, en 1975 daría a publicidad un adelanto de su tesis («corto y polémico») titulado *El imperio informal británico en el Uruguay en el siglo XIX*.

²⁸ Esta idea estaba presente ya en los primeros emprendimientos historiográficos de Pivel Devoto. A comienzos de la década de 1930 se propuso iniciar la historia de las relaciones exteriores de la República, dando a publicidad en la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* su trabajo «La Misión de Nicolás Herrera a Río de Janeiro (1829-1830). Contribución al estudio de nuestra Historia Diplomática», anunciando nuevos aportes relacionados con las misiones de Lucas Obes (1831), Francisco Joaquín Muñoz (1834), Juan Francisco Giró (1835), Carlos Villademoros (1837), José María Reyes (1838) y Pedro Pablo Vidal (1839). El plan de trabajo apareció justificado de forma sencilla pero convincente: «La historia de la República en sus relaciones exteriores; el origen y dilucidación de importantes problemas internacionales en que tomó parte; los antecedentes y discusión de tratados; la historia toda de nuestra diplomacia, es cosa que aún está por escribirse. Dispersos e ignorados yacen en los archivos públicos del país los antecedentes de que deberá valerse el historiador que se aboque al estudio de tan vasto y complejo tema. Tarea incapaz de ser realizada por un solo hombre y sin el apoyo oficial que allane las dificultades dimanadas de la dispersión de las fuentes documentales, nuestra historia diplomática será difícil de escribir en una obra orgánica, sin la existencia de monografías que sirvan al historiador de elementos de juicio para hacer síntesis y reconstruir épocas» (*Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, VIII, 1931, p. 5).

²⁹ Pivel Devoto, Juan E.: «Hacia una fundamentación científica de nuestra Historia», *El Debate*. Montevideo, 12-6-1949.

³⁰ *Ibidem*.

Pivel Devoto, como manifestación de la aludida renovación historiográfica, su aporte quizás más valioso: *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811* (Montevideo, 1952), que apartándose de la trillada génesis proceril del movimiento emancipador, buscó una explicación más honda en la dinámica de fuerzas sociales e intereses económicos, proyectismo ilustrado y empecinamiento popular. El cauce oficial en el que la labor de Pivel Devoto se concretó, no hacía esperar un pronunciamiento hermenéutico de ese tenor:

Los factores económicos y políticos enunciados hicieron entonces —señaló aquél a manera de síntesis—, las veces de fuerzas catalizadoras en un medio cuya desorganización lo predisponía desde hacía tiempo, para ser el escenario natural de un movimiento revolucionario. Durante años se había diferido la solución de los viejos problemas de la Banda Oriental originados en su mayor parte por la forma inorgánica en que se había desarrollado su proceso de población. La no definición de la frontera, los desórdenes que resultaban de la práctica del contrabando y de no haberse concentrado las parcialidades indígenas en reducciones; la desarticulación administrativa, el choque entre los poseedores de grandes extensiones de tierra y los que sin permiso se afincaban en ella, que estimulaba la vagancia e influía para que fuera cada vez más grande el número de hombres sueltos que merodeaban por los campos; el estado embrionario de las paupérrimas poblaciones que habían surgido, la resistencia que los grandes propietarios oponían a los intentos para la formación de pueblos, la indeterminación de la jurisdicción real de los existentes que impedía el desarrollo de los mismos y el fomento de las haciendas; la carencia de jueces que administraran justicia expeditiva, configuraban una serie por cierto numerosa de problemas de carácter social, sobre los cuales incidieron, para provocar el estallido revolucionario, los factores que resultaron de la serie de medidas adoptadas por el gobierno de Montevideo para obtener recursos e imponer su autoridad³¹.

Contemporáneamente a estos planteos, emprendía el argentino José Luis Romero sus seminarios de Historia Contemporánea en la Facultad de Humanidades y Ciencias, centrando las labores formativas de los futuros historiadores en el análisis de «Los fundamentos sociales de las grandes corrientes de ideas en Europa entre 1871 y 1914»³². El planteo apuntaba a penetrar los procesos ideológicos que pautaron la modernización de la sociedad uruguaya, en su formulación y realidad metropolitanas, dando —asimismo— un mentís a la extendida creencia de que la investigación histórica sólo podía abocarse a los temas de la cercanía geográfica (y la consiguiente más fácil disponibilidad documental). Doble finalidad, pues, que suponía contextualizar universalmente tanto la realidad histórica nacional, como la capacidad investigativa local.

³¹ Pivel Devoto, Juan E. *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811*. Montevideo, 1952.

³² El programa del seminario preveía una parte propedéutica para fijar las nociones conceptuales básicas, y tres subtemas: [1] Las ideas fundamentales y las grandes corrientes de opinión en las clases burguesas. [2] La actitud de las elites. [3] El proletariado y la constitución de la conciencia revolucionaria. En cada subtema se planteaba una serie de «cuestiones a resolver», que suponía el análisis de las ideas fundamentales y las corrientes de opinión acerca del mundo y la vida; la realidad inmediata; las artes, las letras y la educación; las formas de vida y la vida de relación (*Seminario de Historia Contemporánea*. Prof. José Luis Romero. 1950 [repartido mimeografiado]).

De allí la diversificación de las fuentes (estadísticas, jurídicas, literarias, gráficas, autobiográficas, documentales, sonoras), el manejo de amplia bibliografía y de colecciones hemerográficas, el planteo de cuestiones metodológicas a resolver, la formulación de categorías conceptuales nuevas; toda una dinámica de participación activa de los estudiantes en la elucidación de problemas proyectados al tiempo presente, convirtió la experiencia de los seminarios en un instrumento del cambio radical de la enseñanza superior en la disciplina. Uno de sus discípulos uruguayos definía en 1955 esa situación, encomiando el papel de Romero en su génesis y destacando los rasgos de modestia y generosidad de éste:

Ha sido siempre un formador de juventudes, regalando sus ideas sin preocuparse por reclamar la paternidad ni la originalidad de ellas. Siempre dispuesto a atender consultas, con sus trabajos y ficheros a disposición de quien lo requiera [...]. No hace cortinas de humo para ocultar sus fuentes o influencias, ni emplea aquellos artificios de la propaganda que día a día saltan de mundos como el de las bebidas sin alcohol al de la vida intelectual³³.

Esta preocupación por un abordaje histórico más allá de los lindes nacionales (por lo mismo, capaz de involucrar a la historia del Uruguay en la aventura planetaria, con sentido de las proporciones), puso a los estudiantes (y a partir de 1956, a los primeros egresados) de la Licenciatura en Historia de la Facultad de Humanidades, en actitud alerta frente a los debates historiográficos del momento y los convirtió en auditorio receptivo para las voces que traducían aquellos, en las ocasiones en que sus portadores recalaban en el Río de la Plata. En 1957 lo hizo Ruggiero Romano³⁴, procedente de Santiago de Chile, en cuya universidad había trabajado algunos meses; su presencia conmovió al pequeño grupo renovador, no tanto por la comunidad de criterios que en algunos temas se evidenció en la oportunidad, sino por la radicalidad de sus planteos de transformación historiográfica, que suponían la conversión de la Historia en una «ciencia exacta»³⁵. Si bien el rechazo al cultivo de una Historia nacional y de una Historia política tradicional, que en cierto modo configuraba el sustrato a partir del cual aspiraban las nuevas generaciones de historiadores universitarios construir su interpretación del pasado, constituyó el punto de encuentro con el joven investigador europeo, el carácter casi excluyente que éste confería a las cuestiones económicas en la producción de conocimiento histórico no dejó de generar cierta inquietud, quizás confundida con un sentimiento de inferioridad, dada la escasa preparación económica y estadística de que adolecía la mayor parte de su auditorio local.

³³ Beyhaut, Gustavo: «J. L. Romero, historiador y universitario», *Marcha*. Montevideo, 25-11-1955.

³⁴ Ruggiero Romano dictó un cursillo en la Facultad de Humanidades, sobre «Aspectos de la formación del capitalismo europeo en los siglos XVI al XVIII».

³⁵ El catedrático de Filosofía de la historia, Jesús Bentancourt Díaz, objetó el planteo de Romano, calificándolo de «resabio positivista» y apelando a los criterios enunciados por Lucien Febvre en referencia a la naturaleza de la disciplina. La controversia marcó el encuentro de Romano con los universitarios uruguayos y fue destacada por la prensa (cfr.: *Marcha*. Montevideo, 1-11-1957, «Rosa de los vientos. Un Historiador polémico» [por] R.[uben] C.[otelo]).

La clave de la renovación historiográfica promovida en el seno de la Facultad de Humanidades y Ciencias estribó, no sólo en la adopción de un discurso histórico nuevo (unos temas, unas prácticas heurísticas, unos métodos, unos horizontes teóricos, en cierto modo inéditos o re-creados desde interrogantes generadas por el presente), sino en la decisión de transformar la situación de la comunidad académica misma. La renovación historiográfica supuso, en consecuencia, un despliegue de estrategias de poder al interior de la Facultad que culminaron con la hegemonía de los nuevos criterios y el extrañamiento (o la marginación, que a esos efectos producía los mismos resultados) de la erudición neopositivista³⁶. Así quedó de manifiesto en 1959, al editarse el primer número de la segunda época de la Revista Histórica de la Universidad³⁷; en la sección «Ensayos y Comunicaciones» —que configuraba el núcleo de la publicación— se incluyeron cinco artículos que daban el tono del nuevo estado de cosas historiográfico: de Juan Oddone «La historiografía uruguaya en el siglo XIX», de Carlos Visca «Aspectos económicos de la época de Reus», de Gustavo Beyhau «Contribución al estudio de los niveles de vida en América Latina», de José Luis Romero «Sociedad y cultura en la temprana Edad Media», y de Jesús Bentancourt Díaz «La teoría de la historia en Francia en la actualidad». Los cuatro primeros eran productos de seminarios de Romero o respondían a inquietudes temáticas «sembradas» por él; el quinto, traducía una vertiente historiológica que había comenzado a fortalecerse a partir de la incorporación de Bentancourt Díaz³⁸ al cuerpo docente de la Facultad y su rápida (a la vez que crítica) inserción en la corriente renovadora.

El rasgo de identidad más nítido de la renovación historiográfica impulsada por la comunidad académica universitaria estribó, sin duda, en operar *desde el presente*: no desde la convicción del destino manifiesto de la nación sino desde las incertidumbres del futuro de una sociedad en crisis. Por ello buceó, con preferencia, en el pasado inmediato, rompiendo el *limes temporalis* de la historiografía tradicional y centrando el interés investigativo en el proceso de

³⁶ En correspondencia dirigida a Eugenio Petit Muñoz, agradeciéndole el envío del tercer tomo de los *Documentos para la Historia de la República Oriental del Uruguay*, publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas, el argentino Ricardo Caillet-Bois aludía a este proceso, sin advertir que en Uruguay la *Nueva Historia* estaba lejos de renegar de las labores heurísticas, aunque sí les atribuía un papel menos canónico que el que les había asignado la erudición documentalista, y sin comprender —asimismo— la incidencia que el magisterio de su correspondiente había tenido en la renovación historiográfica: «Este volumen [es] una respuesta contundente a ese nuevo tipo de historiador nacido a orillas del Plata. Imbuidos de la nueva corriente de la historia social y económica, creen o simulan creer que se puede alcanzar la meta sin recurrir a los viejos y polvorientos manuscritos. Se convierten entonces en sistemáticos detractores de quienes como nosotros frecuentan la consulta de legajos en los archivos. Ellos no necesitan semejante aporte. Se valen de obras ya impresas y mediante ellas aderezan un nuevo refrito» (AICH. FIIH. Correspondencia oficial. 1965-1967. Carta de Ricardo R. Caillet-Bois a Eugenio Petit Muñoz, fechada en Buenos Aires, 26-5-1967).

³⁷ Como lo apuntaba en el «Prospecto» de la Revista el director del Instituto de Investigaciones Históricas, responsable de la edición de aquella, «no aparecer[ían] en [la] publicación trabajos sobre minucias de museo o cuestiones meramente 'datísticas'» (p. VIII).

³⁸ Jesús Bentancourt Díaz (1907-1988), poseedor de una formación humanística singular, enseñó Filosofía de la historia e Historia de la historiografía en la Facultad de Humanidades y en el Instituto de Profesores «Artigas». Dirigió el Departamento de Historiología y fue cesado en sus funciones docentes por la intervención de la Universidad luego del golpe de Estado de 1973.

modernización de la sociedad uruguaya (la configuración empresarial de la explotación ganadera, el proceso de inmigración masiva, las contingencias ideológicas del enfrentamiento modernidad/tradición, el papel de las mentalidades colectivas, la articulación de la economía nacional en el juego de intereses de las potencias capitalistas, las controversias filosófico-religiosas que pautaron el acceso a la modernidad, etc.).

Por cierto que, como ha señalado con agudeza Halperin Donghi para el caso argentino³⁹, la apertura de la *Nueva Historia* a las influencias europeas, y el deslumbramiento consiguiente ante emprendimientos innovadores en el campo de la historia social y económica, llevó a plantear algunos proyectos que estaban más allá de las posibilidades de concreción habilitadas por una reconstrucción fáctica previa, muy incipiente en ciertos tramos (temáticos y cronológicos) del pasado nacional. De todas formas, la labor docente de Juan Oddone, fundamental en el período 1965-1973, imprimió a la segunda generación profesional de historiadores universitarios el sello de la renovación, que habría de continuarse (y profundizarse) a partir de las experiencias formativas que los integrantes de la misma cumplieron, a su vez, sobre todo durante el período dictatorial, en los centros privados de investigación⁴⁰, y desde 1985 en la Universidad de la República recuperada del colapso provocado en sus claustros por la dictadura.

³⁹ Da Orden, María Liliana – Julio César Melon: «De Historia, itinerarios y perspectivas. Entrevista con Tulio Halperin Donghi», *Cuadernos del CLAEH*, 69, 1994, p. 21.

⁴⁰ A la intervención de la Universidad de la República, dispuesta por la dictadura en octubre de 1973, siguió una sistemática labor de «depuración ideológica» del claustro profesoral, que inhibió la continuación de líneas de investigación renovadoras y obligó al exilio o a la marginación académica a la mayoría de los historiadores universitarios. Algunos de éstos, que optaron por permanecer en el país, junto con colegas de otras ciencias sociales (sociólogos, economistas, politólogos), también excluidos de la docencia superior, dieron forma a *centros privados de investigación* que obtuvieron financiamiento de agencias y fundaciones norteamericanas y europeas, y la cobertura institucional del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), organismo con estatuto de consultor de la UNESCO.